

turaliza; si llegase á adquirir las perfecciones de que se le cree susceptible.

Suponed que nuestros sentidos llegasen á ser infinitamente finos, la lengua no podria sufrir la impresion de la leche y de la miel, ni la mano apoyarse sobre un cuerpo sin lastimarse: el olor de la rosa nos causaria convulsiones: el menor ruido aturdiria nuestros oidos; y nuestros ojos descubririan arrugas profundas en el tejido del mas hermoso cutis. Lo mismo sucederia con las calidades del alma: dadle la vista mas penetrante, y la exactitud mas rigurosa; y la vereis irritarse con la inaptitud y falsedad de los signos que representan nuestras ideas. Es verdad que ella se formaria otra lengua; ¿pero qué seria la de las pasiones, y que serian las pasiones mismas, bajo el imperio absoluto de una razon tan pura y tan austera? Se apagarian del mismo modo que la imaginacion, y el hombre no seria el mismo.

En el estado en que hoy se halla el hombre, cuanto sale de su entendimiento, de su corazon, y de sus manos, anuncia insuficiencia y necesidades. Encerrado en limites estrechos, le castiga con rigor la naturaleza, cuando quiere traspasarlos. Creéis que con civilizarse ha dado un paso largo hácia la perfeccion; ¿y qué ha ganado? El sustituir en el orden general de la sociedad, las leyes hechas por los hombres, en lugar de

las leyes naturales, obra de los dioses; en las costumbres, la hipocresia, en lugar de la virtud; en los placeres, la ilusion, en lugar de la realidad; en la urbanidad, los modales, en lugar de los afectos. Sus inclinaciones, de tal manera se han pervertido á fuerza de depurarlas, que se ve obligado á preferir en las artes, las agradables á las útiles; en la elocuencia, el mérito del estilo al de los pensamientos; y en todo, el artificio á la verdad. Me atrevo á decirlo; los pueblos ilustrados no son superiores á nosotros, sino en haber perfeccionado el arte de fingir, y el secreto de poner una máscara sobre todos los rostros.

Por todo lo que me habeis dicho, veo que no es otro el fin que se propone la retórica; y que no llega á él sino aplicando á las palabras, tonos y colores agradables. Así, lejos de estudiar sus preceptos, me atendré, como hasta aquí, á la reflexion que me hizo Aristóteles. Le pregunté yo que en qué se conocia una buena obra; y me respondió: en que no se le puede añadir ni quitar cosa alguna.

Despues de haber controvertido con Euclides estas ideas, salimos, dirigiendo nuestro paseo hácia el Liceo. En el camino me enseñó una carta, que acababa de recibir de la muger de uno de sus amigos, y cuya ortografia me pareció defectuosa: algunas veces ponía la *i* en lugar de *e*,

la z por d. Siempre he extrañado, le dije, este descuido de los Atenieses. Escriben, me respondió, como hablan, y como se hablaba antiguamente. Segun eso, le dije yo, ha habido mudanzas en la pronunciacion. Y grandisimas, añadió Euclides; por ejemplo, antiguamente se decia *himéra* (dia); despues se ha dicho *héméra*, con la primera *é* cerrada, despues *héméra* con la misma *é* abierta.

El uso, para hacer algunas palabras mas sonoras ó magestuosas, quita ó pone letras, y con esta continuacion de alteraciones, quita toda esperanza del acierto á los que intentasen subir al origen de la lengua. Hace mas todavia; y es que condena al olvido ciertas expresiones que se usaban en otro tiempo, y quizá convendria renovar.

Al entrar en el primer patio del Liceo, oimos unos gritos penetrantes, que salian de una de las salas del gimnasio. El retórico Leon, y el sofista Pitodoro, se habian empeñado en una disputa muy viva. Nos costó trabajo abrimos paso por entre la muchedumbre. Acercaos, nos dijo el primero; ved ahí á Pitodoro que defiende, que su arte no es diferente de la mia, y que el objeto de ambas es engañar á los que nos oyen. ¡Qué pretension en un hombre, que debiera avergonzarse de llevar el nombre de sofista!

Este nombre, replicó Pitodoro, era honroso

en otro tiempo, y con él se adornaban todos cuantos desde Solon hasta Pericles dedicaron el tiempo al estudio de la sabiduria; porque en realidad no significa otra cosa. Queriendo Platon ridiculizar á algunos de los que abusaban de él, consiguió hacerle despreciable entre sus discipulos. Sin embargo, yo veo todos los dias que lo dan á Sócrates, á quien sin duda respetais; y al orador Antifon, á quien parece estimais. Pero no se trata aquí de un título vano; y así lo renuncio en vuestra presencia, y sin mas interés que el de la verdad, sin mas luces que las de la razon, voy á probaros que el retórico y el sofista usan de los mismos medios para llegar al mismo fin.

Me cuesta mucho contener mi indignacion, replicó Leon. ¡Qué! unos viles mercenarios, artesanos de palabras, que habitúan á sus discipulos á armarse de equívocos y sofismas, á defender igualmente el pro y el contra, ¿os atreveis á compararlos con los hombres respetables que enseñan á defender la causa de la inocencia en los tribunales, la del Estado en el congreso general, la de la virtud en los discursos que acostumbran á consagrarla? Yo no comparo los hombres, dijo Pitodoro; solamente hablo del arte que profesan. Pronto veremos si esos hombres respetables, no son mas temibles, que los sofistas mas perniciosos.

¿No convenis en que vuestros discípulos y los míos, cuidando poco de llegar á la verdad, se paran por lo comun en la verosimilitud? — Si; pero los primeros fundan sus racionios en grandes probabilidades, y los segundos en apariencias frívolas. — ¿Y qué entendeis por lo probable? — Lo que parece tal á todos los hombres, ó á los mas de ellos. — Cuidado con vuestra respuesta; porque de ella se seguiria, que esos sofistas que ganaban los votos de la nacion con su elocuencia, no sostenian mas que proposiciones probables. — Ellos no deslumbraban mas que á la muchedumbre: los sabios se libraban de la ilusion.

Luego es preciso atenerse al tribunal de los sabios, dijo Pitodoro, para saber si una cosa es probable ó no lo es. — Sin duda, respondió Leon; y añado á mi definicion, que en ciertos casos se debe mirar como probable, lo que está reconocido por tal por el mayor número de sabios, ó á lo menos por los mas ilustrados de ellos. ¿Estais contento? — Luego sucede algunas veces que es tan difícil conocer lo probable, que se oculta aun á la mayor parte de los sabios, y no pueden descubrirlo sino los mas ilustrados. — En hora buena. — ¿Y cuando estais vacilante sobre la realidad de estas verosimilitudes, imperceptibles casi á todos, vais á consultar con ese corto número de sabios? — No; sino que me

atengo á lo que pienso, porque presumo la decision de ellos. ¿Pero qué pretendéis inferir de esas enfadosas sutilezas?

Vedlo aqui, dijo Pitodoro: que no escrupulizais seguir una opinion, que habeis hecho probable por vuestra propia autoridad; y que las verosimilitudes falaces bastan para determinar al orador como al sofista. — Pero el primero va de buena fe, y el segundo no. — Entonces no se diferenciarán sino en la intencion; y esto es en efecto lo que han confesado algunos escritores filósofos: mas tambien quiero privaros de esta ventaja.

Acusais á los sofistas, de que defienden el pro y el contra; pues yo os pregunto, si la retórica no da reglas como la dialéctica para defender bien dos opiniones contrarias. — Convengo en ello, pero se aconseja al discípulo que no abuse de este medio, solo que debe conocerlo para no caer en los lazos que podria ponerle un enemigo diestro. — Es decir, que despues de haber puesto en las manos de un joven un puñal y una espada, se le dice: cuando os veais acosado por el enemigo, y os instiguen fuertemente el interes, la ambicion y la venganza, usad de uno de estos instrumentos, y no os valgais del otro, aun cuando hubiese de daros la victoria. Yo admiraria esta moderacion, mas para cerciorarnos de si puede ejercerla en realidad, vamos á seguirle

en el combate, ó mas bien permitid que os lleve á él yo mismo.

Supongamos, que estais encargado de acusar á un hombre, cuyo delito no está probado, y séame licito recordaros las lecciones que los maestros dan todos los dias á sus discípulos, y yo os diria: vuestro primer objeto es persuadir; y para persuadir es necesario mover. Teneis ingenio y talentos; gozais de grande reputacion: saquemos partido de estas ventajas, que ya han preparado la confianza; la aumentareis sembrando en el exordio y en el cuerpo del discurso, máximas de justicia y de probidad; pero sobre todo, lisonjeando á vuestros jueces, cuyas luces y equidad cuidareis de ensalzar. No olvideis los votos del congreso, que no os será difícil lograrlos. No hay cosa mas facil, decia Sócrates, que alabar á los Atenienses en medio de Atenas; acomodaos al gusto de ellos, y haced pasar por honesto todo lo que honran.

Segun lo exija vuestra causa, comparad las calidades de las dos partes, con las calidades buenas ó malas que se les aproximan; manifestad á la luz del medio dia el mérito real ó imaginario del sugeto de quien hablais; disculpad sus defectos, ó mas bien direis que son exceso de virtud: trasformad la insolencia en grandeza de alma, la temeridad en valentia, la prodi-

galidad en liberalidad, los denuestos de la ira en expresiones de franqueza; con esto deslumbrareis á los jueces.

Como el privilegio mas precioso de la retórica es hermohear y desfigurar, engrandecer y achicar todos los objetos, no tengais reparo en pintar á vuestro adversario con los mas negros colores; mojad vuestra pluma en la hiel; tened cuidado de agravar sus mas leves faltas, de emponzoñar sus mas bellas acciones, y esparcir sombras sobre su caracter. Si es circunspecto y prudente, direis que es sospechoso y capaz de traicion.

Algunos oradores coronan la víctima antes de derribarla á sus pies: empiezan elogiando la parte contraria, y luego que han alejado de sí toda sospecha de mala fe, meten el puñal hasta el corazon á su placer. Si os detiene lo exquisito de esta maldad, pondré en vuestras manos otra arma igualmente temible. Cuando os veais abrumado con el peso de las razones de vuestro contrario, en lugar de responderle, le ridiculizareis, y leereis su vencimiento en los ojos de los jueces. Si no ha hecho mas que aconsejar la injusticia, defended que es mas culpable que si la hubiera cometido; si solamente ha seguido los consejos de otro, sostened que la ejecucion es mas criminal que el consejo. Esto es lo que yo he visto practicar no hace mucho tiempo

á uno de nuestros oradores \*, encargado de dos causas diferentes.

Si teneis en contra las leyes escritas , recurrid á la natural , y haced ver que es mas justa que las leyes escritas. Si estas os favorecen , representad vivamente á los jueces , que por ningun pretexto , les es permitido dispensarse de guardarlas.

Acaso vuestro contrario , confesando su yerro , pretenderá que cayó en él por ignorancia ó por casualidad : defended que fué con designio premeditado. ¿ Ofrece el juramento por prueba de su inocencia ? Decid , sin titubear , que su intencion no es otra que sustraerse por medio del perjurio á la justicia que le aguarda. ¿ Proponeis por vuestra parte confirmar con juramento lo que acabais de decir ? Afirmad que no hay cosa mas religiosa ni mas noble , que poner uno sus intereses en manos de los dioses.

Si no teneis testigos , tratad de disminuir la fuerza de este medio : si los teneis , no olvideis nada para darle valor.

Si os es ventajoso poner en el tormento los esclavos de la parte contraria , decid que esta es la prueba de mayor fuerza. Si no os acomoda que esto se haga con los vuestros , decid

\* Leódamas , acusando al orador Calistrato , y despues al general Cabrias.

que es la mas incierta y peligrosa de todas.

Estos medios facilitan la victoria ; pero es necesario asegurarla : durante la accion , perded antes de vista vuestra causa que vuestros jueces : sin aterrarlos , no triunfareis de vuestro contrario. Llenadlos de interes y compasion en favor de vuestra parte ; el dolor ha de estar pintado en vuestros ojos , y en los acentos de vuestra voz. Si vierten una lágrima , si veis vacilar la balanza en sus manos , echaos sobre ellos con todo el furor de la elocuencia , asociad sus pasiones á las vuestras , excitad contra vuestro enemigo su desprecio , su indignacion , su ira ; y si es distinguido por sus empleos y por sus riquezas , excitad tambien su envidia , y dejad lo demas al odio que la sigue de cerca.

Todos estos preceptos , ó Leon , son otros tantos capitulos de acusacion contra el arte que profesais. Juzgad de los efectos que producen por la respuesta horrorosa de un famoso abogado de Bizancio , á quien yo preguntaba poco hace lo que ordenaban las leyes de su pais en ciertos casos. Lo que yo quiero , me respondió.

Leon queria imputar solo á los oradores , lo que Pitodoro censuraba en la retórica. ¡ Ah ! no , replicó este último enardecido : aquí se habla de los abusos inherentes á este arte funesto : yo refero lo que se halla en todos los tratados de

retórica, lo que practican todos los dias los autores mas acreditados, lo que los maestros mas ilustrados nos mandan practicar, y lo que vos y yo aprendimos en nuestra infancia.

Entremos en los lugares donde se pretende iniciar á la juventud en el arte de la oratoria, como si se tratase de adiestrar histriones, tramoyistas y atletas. Ved con qué importancia les dirigen las miradas, la voz, la actitud y la accion; con qué trabajo tan penoso les enseñan unas veces á moler los colores falsos, con que deben iluminar su language; otras á hacer una mezcla pérvida de la traicion y de la fuerza. ¡Cuántas imposturas! ¡cuánta barbarie! ¿Son estos los ornamentos de la elocuencia? ¿Es este el séquito de la inocencia y de la verdad? Cuando yo me creia en su asilo, me hallo en una horrible guarida, en donde se destilan los venenos mas sutiles, y se forjan las armas mas mortíferas; y lo mas extraño es, que estas armas y estos venenos se venden con la salvaguardia del gobierno, y que la admiracion y el crédito son la recompensa de los que hacen de ellos el uso mas cruel.

Yo no pretendo extraer el veneno que está oculto en casi todas las lecciones de nuestros retóricos. Pero decidme, ¿qué viene á ser ese principio de que he hablado ya, sobre el cual se funda el edificio de la retórica; á saber, que

es preciso mover á los jueces? ¡Justo cielo, y por qué mover á los que si lo estuviesen se les debería calmar! ¡A los que nunca tuvieron tanta necesidad del sosiego de los sentidos y de la razon! ¡Cuando está reconocido en todo el mundo, que las pasiones pervierten el juicio, y mudan á nuestros ojos la naturaleza de las cosas, se prescribe al orador conmover las pasiones en su alma, en las de sus oyentes, en las de sus jueces; y hay vergüenza para sostener, que de tantos movimientos impetuosos y desordenados, puede resultar una decision equitativa!

Vamos á los sitios donde se controvierten los grandes intereses del Estado. ¿Qué veremos? Relámpagos y rayos, que salen de lo alto de la tribuna para encender las pasiones violentas, y producir estragos terribles; un pueblo mentecato, que viene en busca de las alabanzas que le insolentan, y de los movimientos arrebatados que le hacen injusto; unos oradores que nos advierten continuamente que nos caulemos de la elocuencia de sus contrarios; Tan peligrosa debe de ser esta elocuencia! Entre tanto nos gobierna ella sola, y el Estado va perdido.

Otro género hay que cultivan ciertos oradores, cuyo mérito consiste en labrar mentiras irritantes é hipérboles excesivos para celebrar á unos hombres ordinarios, y á veces desprecia-

bles. Cuando se introdujo esta especie de adulación, debió la virtud despreciar los elogios de los hombres. Pero yo no hablaré de estas viles producciones: tengan valor para alabarlas ó reprehenderlas los que le tienen para leerlas.

De aquí se sigue, que la justicia está continuamente ultrajada en su santuario, el Estado en las juntas generales, y la verdad en los panegíricos y oraciones fúnebres. Ciertamente tienen razón los que dicen que la retórica se ha perfeccionado en este siglo; porque yo desafío á los siglos venideros á añadir un grado de atrocidad á su perversidad.

A estas palabras un ateniense, que hacia tiempo se estaba preparando para arengar algún día al pueblo, dijo con una sonrisa desdeñosa: ; con que Pitodoro reprueba la elocuencia! No, respondió él; lo que repruebo es esa retórica, que trae necesariamente consigo el abuso de la elocuencia. Sin duda tendreis vuestras razones, replicó el primero, para proscribir las gracias del lenguaje. Sin embargo, siempre se ha dicho y se dirá, que la principal atención del orador debe ser insinuarse en los oyentes, lisonjeando sus oídos. Y yo lo diré también, respondió Pitodoro, ó por decirlo mejor, la razón y la probidad responderán siempre que la facultad mas bella, la única obligación del orador, es ilustrar á los jueces.

¿Y cómo quereis que los illustren, dijo con impaciencia otro ateniense, que debia á la maña de los abogados el haber ganado muchos pleitos? Como se les ilustra en el areopago, respondió Pitodoro, donde el orador, inmovil y sin pasiones, se contenta con exponer los hechos, lo mas sencilla y secamente que puede: como se les ilustra en Creta, en Lacedemonia, y en otras repúblicas, donde está prohibido al abogado mover á los que le oyen; como se les ilustraba entre nosotros no hace todavía un siglo, cuando las partes, obligadas á defender por si mismas sus causas, no podian pronunciar discursos compuestos por plumas elocuentes.

Vuelvo á mi primera proposición. He sentido que el arte de los retóricos no era esencialmente distinto del de los sofistas; y lo he probado haciendo ver, que ambos, no solamente en sus efectos, sino tambien en sus principios, caminan al mismo fin por vias igualmente insidiosas. Si hay entre ellos alguna diferencia, consiste en que el orador se propone excitar nuestras pasiones, y el sofista calmarlas.

Por último, veo á Leon pronto á embestirme con el aparato pomposo y amenazador de la retórica. Yo le suplico que se ciña á la cuestión, y que considere, que los tiros que me dirija, recaerán al mismo tiempo sobre muchos filósofos excelentes. En efecto, hubiera

podido citar en mi favor el testimonio de Platon y de Aristóteles; pero son inútiles tan grandes autoridades, cuando se pueden dar razones tan sólidas.

Apenas acabó Pitodoro, cuando Leon emprendió la defensa de la retórica; mas como era ya tarde, tomamos el partido de retirarnos.

FIN DEL TOMO CUARTO.

INDICE

DEL TOMO CUARTO.

CAP. XXXIX. Continuacion del viage á la Elide.	
Xenofonte en Escilonte.	4
CAP. XL. Viage á Mesenia.	21
CAP. XLI. Viage á Laconia.	61
CAP. XLII. De los habitantes de Laconia.	85
CAP. XLIII. Ideas generales sobre la legislacion de Licurgo.	94
CAP. XLIV. Vida de Licurgo.	440